



Theology Corner

Vol. 122 – November 22nd, 2020

Theological Reflections by Paul Chutikorn - Director of Faith Formation

“How Does one Get to Heaven?”

Last time, we discussed the nature of Heaven and explained that it is a union with God which is our ultimate destination for which we were created. It is a state in which our intellects and our wills are fulfilled, giving us the vision of God for all of eternity. While we previously discussed the *what* about Heaven, we now turn our attention to the *how*. In other words, how does one go about being saved? Surely, an answer to this question could span multiple books, but today I just wanted to provide a brief summary to meditate upon with regard to how we ought to understand our journey toward the beatific vision.

We know that what impedes our union with God in heaven is sin. This is either due to Original Sin or personal sins. Regarding the Original Sin, God knew that man would disobey and fall from grace. Consequently, he had a plan from the beginning to restore mankind to himself. This plan being carried out through time is what we call the *economy of salvation*. The only fitting solution to our problem of sin was for God to send his only Son, Christ (the God-man) to assume a human nature and sacrifice himself, once and for all, for the forgiveness of sins. We profess in our Creed that God became man “for us men and for our salvation.” The Incarnation was the first step in restoring us back into *right relationship* with God. The second step was to show us the way to salvation and Christ teaches us this during his ministry on earth, as we see recorded in the Gospels and as they are expounded upon by the Church. The third step was to give up his life in sacrifice to redeem humanity (i.e., to pay the price both as a human and as God). The final step was the Resurrection which claimed victory over death and opened for us a way to a new life! This new life is made *possible* by Death and Resurrection of Christ, and it is made *actual* through the Sacrament of Baptism. So, the first answer to the question of how we are saved is that **we are saved by the merits of Jesus Christ**.

One of the most (if not *the most*) misunderstood phrases from Catholic teaching is, “Outside the Church there is no salvation.” (*extra ecclesiam nulla salus*). The vast majority of people see this as making an absolute statement that if you are not a Catholic, then you are damned to hell. This is not at all what the statement means. By stating this, the Church is simply showing that with Christ as the head of the Church, he uses his Church as an instrument of grace. In a sense, we can call the Church the universal sacrament of salvation. The principle is even clearer if we say, “without the Church there is no salvation.” This represents the concept better since it highlights the fact that while someone may be outside of the Church practically speaking, they can still potentially receive the graces necessary for salvation in an extraordinary way, but this is still intrinsically tied to the Church itself insofar as grace is dispensed *through* the Church in an extraordinary manner. That is to say, while there is a defect in other ecclesial communities inasmuch as they are separated from full communion, salvation can be extended to them by a power that is derived from the Church as the instrumental in the dispensing of grace. To simplify, this just means that the Church is an extension and continuation of the Incarnation. Christ established his Church sacramentally – in order to communicate his grace to the whole world. So, the second answer to the question of how we are saved is that **we are saved through the mystical body of Christ – the Church**.

Now after you have considered that we are saved by the merits of Christ who opens the door to our salvation, and that the Church exists to communicate his saving grace to the world, the last consideration is our actions as free human beings. The door to salvation is open and we have the Church who serves as the instrument wherein we encounter Christ, but we have to walk through that door! We have to freely cooperate with the grace that Christ unceasingly extends to us through the Church. How do we do this? Receive the sacraments regularly. Arm yourselves with Christ working through you by the power of the Holy Spirit. Allow Christ to purify your soul from within by removing obstacles to union with God. In other words, avoid the near occasions of sin and purify your hearts and minds so that everything you know and love is what is most true and good. Because the key to get to heaven is faith in who Jesus Christ is and what it is that he asks of us. Then most importantly, we must ensure that this faith is formed and perfected by charity. Baptism ensures that we have the spiritual life, Confession restores it, and the Eucharist nourishes it. In summary, to get to heaven we must claim the gift of salvation by cooperating with the grace merited by Christ, remaining in a state of grace by frequenting the sacraments, and abiding in the love of God until he calls us to our eternal home.



“¿Cómo Se Llega al Cielo?”

La última vez, discutimos la naturaleza del cielo y explicamos que es una unión con Dios que es nuestro destino final para el cual fuimos creados. Es un estado en el que nuestro intelecto y nuestra voluntad se cumplen, dándonos la visión de Dios por toda la eternidad. Si bien anteriormente discutimos qué es el cielo, ahora dirigimos nuestra atención al *cómo*. En otras palabras, ¿cómo va uno para ser salvo? Seguramente, una respuesta a esta pregunta podría abarcar varios libros, pero hoy solo quiero brindar un breve resumen para meditar sobre cómo debemos entender nuestro viaje hacia la visión beatífica.

Sabemos que lo que impide nuestra unión con Dios en el cielo es el pecado. Esto se debe al pecado original o pecados personales. En cuanto al pecado original, Dios sabía que el hombre desobedecería y caería de la gracia. En consecuencia, tenía un plan desde el principio para restaurar a la humanidad a sí mismo. Este plan que se lleva a cabo a través del tiempo es lo que llamamos la economía de la salvación. La única solución adecuada a nuestro problema del pecado fue que Dios enviara a su único Hijo, Cristo (el Dios-hombre) para que asumiera una naturaleza humana y se sacrificara, de una vez por todas, por el perdón de los pecados. Profesamos en nuestro Credo que Dios se hizo hombre "por nosotros los hombres y por nuestra salvación". La Encarnación fue el primer paso para restaurarnos a una relación correcta con Dios. El segundo paso fue mostrarnos el camino a la salvación y Cristo nos enseña esto durante su ministerio en la tierra, como vemos registrado en los Evangelios y como son expuestos por la Iglesia. El tercer paso fue entregar su vida en sacrificio para redimir a la humanidad (es decir, pagar el precio como humano y como Dios). ¡El paso final fue la Resurrección que reclamó la victoria sobre la muerte y nos abrió el camino a una nueva vida! Esta nueva vida es posible gracias a la Muerte y Resurrección de Cristo, y se hace actual mediante el Sacramento del Bautismo. Entonces, la primera respuesta a la pregunta de cómo somos salvos es que somos salvos por los méritos de Jesucristo.

Una de las frases más incomprendidas de la enseñanza católica es: "Fuera de la Iglesia no hay salvación" (*extra ecclesiam nulla salus*). La gran mayoría de la gente ve esto como una declaración absoluta de que si no eres católico, estás condenado al infierno. Esto no es en absoluto lo que significa la declaración. Al afirmar esto, la Iglesia simplemente está mostrando que con Cristo como cabeza de la Iglesia, él usa a su Iglesia como un instrumento de gracia. En cierto sentido, podemos llamar a la Iglesia el sacramento universal de salvación. El principio es aún más claro si decimos: "sin la Iglesia no hay salvación". Esto representa mejor el concepto, ya que destaca el hecho de que, si bien alguien puede estar fuera de la Iglesia en la práctica, todavía puede recibir las gracias necesarias para la salvación de una manera extraordinaria, pero esto todavía está intrínsecamente vinculado a la Iglesia misma en la medida en que la gracia se dispensa a través de la Iglesia de manera extraordinaria. Es decir, si bien hay un defecto en otras comunidades eclesiales por estar separadas de la plena comunión, la salvación puede extenderse a ellas por un poder que se deriva de la Iglesia como instrumento en la impartición de la gracia. Para simplificar, esto solo significa que la Iglesia es una extensión y continuación de la Encarnación. Cristo estableció su Iglesia sacramentalmente, para comunicar su gracia al mundo entero. Entonces, la segunda respuesta a la pregunta de cómo somos salvos es que somos salvos a través del cuerpo místico de Cristo: la Iglesia.

Después de haber considerado que somos salvados por los méritos de Cristo que abre la puerta a nuestra salvación, y que la Iglesia existe para comunicar su gracia salvadora al mundo, la última consideración son nuestras acciones como seres humanos libres. La puerta a la salvación está abierta y tenemos la Iglesia que sirve como el instrumento en el que encontramos a Cristo, ¡pero tenemos que atravesar esa puerta! Tenemos que cooperar libremente con la gracia que Cristo nos extiende sin cesar a través de la Iglesia. Cómo hacemos esto? Reciba los sacramentos con regularidad. Ármate con Cristo obrando a través de ti por el poder del Espíritu Santo. Permita que Cristo purifique su alma desde adentro eliminando los obstáculos a la unión con Dios. En otras palabras, eviten las ocasiones cercanas de pecado y purifiquen sus corazones y mentes para que todo lo que conocen y amen sea lo más verdadero y bueno. Porque la clave para llegar al cielo es la fe en quién es Jesucristo y qué es lo que nos pide. Entonces, lo más importante, debemos asegurarnos de que esta fe sea formada y perfeccionada por la caridad. El Bautismo asegura que tengamos la vida espiritual, la Confesión la restaura y la Eucaristía la nutre. En resumen, para llegar al cielo debemos reclamar el don de la salvación cooperando con la gracia merecida por Cristo, permaneciendo en un estado de gracia frecuentando los sacramentos y permaneciendo en el amor de Dios hasta que él nos llame a nuestro hogar eterno.